El río de las estrellas

Hola, me llamo Benjamín y vivo en Punta Arenas, donde el viento siempre está presente y el mar parece estar a nuestro lado. Esta historia me la contó mi hermana mayor, Sigrid, que siempre me habla de los pueblos originarios de nuestra región. Aunque parezca un sueño, lo sentí muy real.

Un día, mientras caminábamos junto al río, mi hermana me habló de los Kawésqar, un pueblo originario que vivía en los canales y fiordos del sur. Me dijo que ellos no tenían un solo hogar, porque su hogar era el mar. Viajaban en canoas hechas de troncos, moviéndose entre las islas, pescando y recolectando mariscos.

—El mar es nuestro amigo —me dijo—, y si lo tratamos con respeto, siempre nos cuidará.

Esa tarde, mientras jugábamos cerca del agua, una canoa apareció flotando sola. No había nadie en ella, pero se movía como si supiera dónde ir. Mi hermana me contó que los Kawésqar creían que el mar estaba lleno de espíritus: cada ola, cada corriente, era un espíritu antiguo. Y que las estrellas del cielo eran sus antepasados, que los guiaban desde arriba.

Mi hermana me invitó a subir a la canoa. Aunque estábamos solos, sentimos que algo o alguien nos guiaba. Navegamos por el río y las estrellas comenzaron a brillar más fuerte, como si nos señalaran el camino. Pronto llegamos a una isla que nunca habíamos visto. Estaba llena de pequeñas plantas y parecía un lugar mágico, donde el mar y la tierra se abrazaban.

—Este es el río de las estrellas —susurró mi hermana—. Aquí los espíritus de los Kawésqar nos acompañan. Siempre cuidarán de ti.

La canoa desapareció lentamente en el agua, y al abrir los ojos, estaba en mi cama, pero sentía la brisa del viento y veía las estrellas desde mi ventana. Sabía que no estaba solo: los espíritus del mar estaban conmigo.

Benjamín Mateo Gutiérrez López

Instituto Don Bosco, Punta Arenas